

La Comédiathèque

Cara & Cruz

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr**

Cara o cruz

Jean-Pierre Martinez

Vicente y Antonio son dos actores que antes eran amigos, pero que no se han visto en años. Con el tiempo, su amistad se ha convertido en una rivalidad tanto profesional como amorosa. Uno de ellos ha citado al otro en el escenario de un teatro para reconectar con esa amistad que se ha ido con su juventud. Este intento de reconciliación se convertirá en una confrontación antes de tal vez llevar a un proyecto inesperado.

Reparto

Antonio
Vicente

El escenario está vacío a excepción de dos sillas, a ambos lados de una pequeña mesa. Vicente llega con una taza en la mano. Se sienta y bebe su café mientras mira al vacío. Echa un vistazo a su reloj. Deja la taza en la mesa, se levanta y se dirige a los espectadores.

Vicente – Yo soy Vicente. Estoy esperando a Antonio. No debería tardar en llegar. A menos que finalmente haya decidido no venir. Por cierto, lo entendería... Pero no, creo que vendrá. Al menos por curiosidad. Vendrá, ya verán. Para saber qué es lo que quiero de él después de todos estos años. Antonio es... un amigo. Bueno, eso creo. Digamos que éramos muy amigos, antes. Íbamos juntos a la escuela secundaria. Una escuela secundaria católica en una ciudad pequeña. El ambiente era bastante estricto, pero... aún así logramos hacer un montón de tonterías. Eso sí, nos divertimos mucho. Incluso montamos una compañía de teatro juntos. Bueno, con algunos otros también. Sobre todo chicas... De hecho, al principio, esta compañía era principalmente una trampa para chicas. Organizábamos audiciones para obras de teatro que nunca montábamos. Siempre elegíamos a las más guapas, por supuesto. Y en la escena de la audición, la chica tenía que besar a su compañero. Es decir, a uno de nosotros dos, mientras el otro actuaba como el director de casting. La trampa era un poco obvia, pero a veces funcionaba con las menos tímidas. En fin, como éramos todos menores de edad, nadie presentó denuncia, y nunca fuimos acusados de acoso sexual. Sí, era otra época. Después... nos mudamos a Madrid y estudiamos en el Estudio Corazza. Siempre juntos. Antonio y yo. Compartimos un ático en Malasaña durante un año. Vida bohemia, ya saben. Apenas había espacio para una cama individual. Todas las noches tirábamos cara o cruz, y el perdedor dormía en el suelo sobre un colchón inflable, con los pies en la entrada y la cabeza en el baño, donde había menos corriente de aire. Es cierto, en aquel entonces éramos inseparables... Sí, se podría decir que Antonio... era mi mejor amigo. *(Una pausa)* Luego comenzamos a hacer audiciones. A trabajar un poco, cada uno por su cuenta. Pequeños papeles en películas para televisión o comedias de teatro... Antonio siguió viviendo unos meses más en esa buhardilla. Yo me fui a vivir con una amiga en un estudio apenas un poco más grande. Al menos, los dos podíamos dormir en una cama. Él solo, y yo con esta chica que conocí en un rodaje. Los años pasaron y poco a poco... vi menos a Antonio. Hasta el día en que dejamos de vernos por completo. No sé por qué. Bueno, sí, tengo una pequeña idea, pero... No lo sé... Antonio sigue siendo actor, al igual que yo. Bueno, él... sigue haciendo figuraciones, principalmente. Siluetas, como se dice en el negocio. ¿Saben? Todos esos personajes transparentes que nadie ve en las películas. Excepto sus amigos de Facebook, si los avisan la noche anterior: "Atención, si ven la película en el canal dos mañana por la noche, me verán. Soy el camarero que le lleva una cerveza al actor principal en la primera escena. Pero tengan cuidado, solo me ven de espalda durante dos o tres segundos. Y cuando él me da un billete y me dice 'quédese con el cambio', le respondo 'gracias'. Medio día esperando en el set para decirle 'gracias' al actor principal." Al menos, puede publicar en Instagram la hoja de servicio en la que aparece su nombre junto al de la estrella a la que le dice 'gracias'. Con la esperanza de que algún día, él sea la estrella y sea a él a quien les digan 'gracias'... Antonio no tuvo esa suerte, lamentablemente. Sigue actuando como camarero y diciendo "gracias". Antes, todavía hacía un poco de teatro, pero ahora ya

no le ofrecen mucho. De hecho, creo que está pensando en dejar la profesión. Para volver a ser contador. Sí, porque en la universidad había comenzado a estudiar contabilidad. Sin embargo, no es un mal actor, pero... siempre le ha faltado ambición. Verán, Antonio es... un buen chico. Bueno, no quiero decir que sea un buen chico en el sentido de... No, porque cuando decimos que alguien es un buen chico, inmediatamente pensamos en alguien un poco tonto. Quién sabe por qué, en estos días, la amabilidad y la estupidez son casi sinónimos.

Antonio llega.

Antonio – ¿Te interrumpo, estabas al teléfono?

Vicente – No, no, para nada. Entra Antonio, por favor...

Antonio avanza hacia el centro del escenario, ve al público y se queda desconcertado por un momento.

Antonio – ¿Es una broma?

Vicente – ¿Qué?

Antonio – ¿Qué es esto, una trampa? Me dices que quieres verme, me citas en el escenario de este teatro que está cerrado desde hace años... No me hablaste de una audición pública. Yo no he preparado nada.

Vicente – Ah, no, pero no es una audición. Al menos, no exactamente.

Antonio – Pero hay un público aquí, no estoy soñando.

Vicente – Un sueño... Sería más bien una pesadilla, ¿no? ¿Te imaginas? Un tipo que abre una puerta, en su casa, la de los baños, por ejemplo, y de repente se encuentra en un escenario frente a un público. Sin saber en qué obra está, ni qué texto debe decir.

Antonio – Es un poco la historia de mi vida, pero bueno... ¿Puedes decirme qué hago aquí?

Vicente – Estamos en un teatro, ¿no?

Antonio – Ni siquiera sabía que esto todavía era un teatro... No se ha representado nada aquí desde hace más de veinte años.

Vicente – Un teatro es como una iglesia. Mientras no la desacralices, siempre puedes celebrar misa.

Antonio – ¿Misa?

Vicente – Es una metáfora...

Antonio – ¿Pero esto es para qué? ¿Un casting?

Vicente – Sí, un casting, si quieres...

Antonio – Ah, pero yo no quiero nada. Tú fuiste el que me pidió venir.

Vicente – Exacto. ¿Cómo estás?

Antonio (*en aparte*) – ¿De verdad quieres que empecemos a charlar como si nada? Aquí, frente al público...

Vicente – Haz como si no hubiera nadie... Como en el teatro, precisamente. El cuarto muro, como se dice. ¿Quieres tomar algo mientras esperamos?

Antonio – ¿Esperar a qué?

Vicente – ¿Un café? Me acabo de comprar una máquina de espresso. Verás, está muy bueno.

Sale. Antonio queda un momento desconcertado. Echa un vistazo a los espectadores, un poco incómodo. Da unos pasos y luego vuelve al centro del escenario y se dirige al público.

Antonio – Disculpa, no tengo ni idea de por qué estoy aquí... (*Intenta sentarse, luego se levanta y da unos pasos.*) Espero que regrese pronto, porque esto es un poco incómodo... Hay que decir que este gilipollas siempre ha tenido el don de ponerme en situaciones incómodas... (*Silencio*) Vicente y yo somos... viejos amigos. Bueno, amigos de juventud, más bien, porque amigos de verdad... implicaría que todavía lo somos. Hicimos muchas tonterías juntos en el instituto. Formábamos parte de un grupo de teatro que montamos los dos. Con algunas chicas también... Después nos convertimos en actores, él y yo. Quiero decir... actores profesionales. Nos veíamos de vez en cuando. Cada uno siguió su camino. Y poco a poco nuestros caminos dejaron de cruzarse tanto. Vicente... Hace años que no lo veo. Por eso me sorprendió cuando me llamó. Ni siquiera sé cómo consiguió mi número de móvil. La última vez que nos vimos, ni siquiera estoy seguro de que los móviles existieran ya. Vicente tuvo un pequeño éxito con una serie de televisión hace unos años. En esa época, lo reconocían por la calle y le pedían autógrafos, así que... se creyó una estrella. Desde entonces, nunca más volvimos a trabajar juntos. Yo no era una estrella, así que ya sabes... Ahora, todo el mundo lo ha olvidado un poco. Su ego ha tenido tiempo de desinflarse. Ahora hace papeles secundarios en teatro o televisión. En resumen, volvió a ser solo un actor más entre muchos otros. Tal vez por eso pensó en mí de nuevo...

Vicente vuelve con una taza de café que coloca en la mesa.

Vicente – No le puse azúcar. De hecho, no tengo.

Antonio – Está bien, gracias...

Vicente se sienta y toma sorbos de su café. Antonio permanece de pie.

Vicente – Siéntate.

Antonio – ¿Por qué no me dices mejor por qué me hiciste venir? No vamos a hacer esperar a toda esta gente...

Vicente – Tal vez solo tenía ganas de verte, simplemente. Somos amigos, ¿no? No necesitamos una razón especial para vernos.

Antonio – No nos vemos desde hace al menos diez años.

Vicente – Doce.

Antonio – Fue en el funeral de tu madre. No tuvimos muchas oportunidades de hablar.

Vicente – El funeral de mi madre, sí. No era el mejor momento para hablar de los buenos viejos tiempos. Sí, lo recuerdo. No fue muy alegre, ese funeral.

Antonio – Deberías haber venido al funeral de la mía, fue mucho más divertido... Por cierto, ¿por qué no viniste?

Vicente duda un momento antes de responder, luego se dirige a los espectadores.

Vicente (*al público*) – Los funerales son como las invitaciones a cenar. Es un círculo vicioso. Si alguien va al funeral de uno de tus seres queridos, te sientes obligado a devolver el favor la próxima vez. Y durante toda tu vida, estarás condenado a asistir a los funerales de los seres queridos de tus amigos. Sin mencionar que las flores no son baratas. Así que un día dije basta. ¿Por qué crees que mucha gente elige enterrar a sus muertos en la más estricta intimidad? Sin flores ni coronas... ¿Para resaltar la modestia de su querido difunto? Vamos... Para no tener que devolver el favor, sí. Porque cuando conoces a mucha gente, a partir de cierta edad, rápidamente terminas yendo a un funeral al menos una vez al mes. Me ha pasado de tener dos funerales en la misma semana. Hay personas de las que he enterrado a casi toda su familia. Se convierte en una ocupación a medio tiempo y al final se convierte en un gasto. Así que ahora he decidido ser modesto en lugar de los demás. Para mí, todos los funerales son en la más estricta intimidad. No voy, punto. Y no envío flores tampoco. Y además, las flores, entre nosotros... ¿No es una aberración ecológica, verdad? La mayoría de las veces vienen de Holanda o incluso de África. En avión... No, yo ya no voy a los funerales...

Antonio – Es cierto que en esa época estabas muy ocupado. Señor famoso de la televisión.

Vicente – Te lo dije, estaba en una filmación. No pude liberarme. Espero que no me lo reproches por eso.

Antonio – ¿Dije que te lo reprochaba por algo?

Vicente – No lo sé... Éramos muy amigos, ¿verdad? Ya no nos vemos. Es solo que cada uno tiene su vida o... ¿pasó algo?

Antonio – ¿Algo?

Vicente – ¿No estamos enemistados?

Antonio – No lo creo. ¿Qué piensas tú?

Vicente – Incluso podríamos decir que en cierta época eras mi mejor amigo, ¿no?

Silencio incómodo de Antonio, que finalmente se dirige a la audiencia.

Antonio (*al público*) – Su mejor amigo... ¿Qué significa exactamente eso? Cuando somos bebés, tenemos un juguete de apego. Cuando somos niños, tenemos un amigo imaginario. Luego tenemos un mejor amigo. Después tenemos una novia. En el mejor de los casos, nos casamos con ella. Y olvidamos a los amigos. Así es la vida. Así es como funciona. Tu esposa se convierte en tu mejor amiga. Supongo que si pudieras tener relaciones sexuales con tu mejor amigo, no necesitarías casarte (*A Vicente*). Eras mi mejor amigo, es cierto... ¿Y yo? ¿Era tu mejor amigo?

Vicente – Sí. Tú eras mi mejor amigo.

Antonio – Eso fue hace mucho tiempo.

Vicente – Ya no nos vemos, pero aún somos amigos, ¿no?

Antonio – Depende de lo que llamemos amigos... ¿Qué es exactamente la amistad para ti?

Vicente – No lo sé.

Antonio – Si necesitara dinero, ¿me lo prestarías?

Vicente – ¿Necesitas dinero?

Antonio – Es solo un ejemplo.

Vicente – No, porque si necesitas dinero... te advierto que no tengo.

Antonio – Si estuviera enfermo, ¿vendrías a verme al hospital?

Vicente – Supongo que también es un ejemplo.

Antonio – Ni siquiera viniste al funeral de mi madre.

Vicente – Lo siento... No sabía que significara tanto para ti. Además, no me gustan mucho los funerales.

Antonio – ¿Conoces a alguien a quien le gusten los funerales?

Un momento.

Vicente (*al público*) – Tampoco me gustan mucho los hospitales. Cuando voy a visitar a alguien al hospital o a una casa de reposo, me confronta con la idea de mi propia posible y inevitable decadencia. Creo que lo que más me aterra de eso es esa sensación de estar encerrado. En el hospital, el individuo está completamente privado de su libertad. La libertad de salir, en primer lugar, sin la autorización del personal. Privado de su identidad, incluso. El enfermo ya no es más que un paciente. El jubilado ya no es más que un residente. Comenzamos a hablar de él en tercera persona, como si su alma ya hubiera abandonado su cuerpo. ¿Cómo está hoy el señor? ¿Durmió bien la señora? El hospital, para mí, es peor que la prisión. En prisión, también eres solo un número. Pero al menos no te piden que consientas amablemente a tu privación de libertad y que estés agradecido con tus carceleros. No, nunca visito a nadie en el hospital o en una residencia de ancianos. Es demasiado deprimente...

Antonio – Todavía no me has dicho por qué querías verme. Y qué estamos haciendo aquí los dos.

Vicente – ¿Recuerdas la compañía de teatro que montamos?

Antonio – Sí, recuerdo.

Vicente – Organizábamos audiciones para roles femeninos. Y en la escena de audición, la chica tenía que besar a su compañero de escena. Es decir, a uno de nosotros dos, mientras el otro hacía de productor.

Antonio – Nunca funcionó realmente, pero bueno.

Vicente – Funcionó con Clara.

Antonio – Sí.

Vicente – ¿Recuerdas cómo nos reímos con eso?

Antonio – ¿Me estás diciendo que organizaste este tipo de casting hoy y que necesitas que interprete el papel del productor? Ya estamos grandes, ¿no crees?

Vicente – Qué lástima, fue divertido. ¿Recuerdas aquella vez que aquella chica...

Antonio – Escucha, Vicente, lo siento, pero las veladas nostálgicas no son lo mío. Entonces, ¿qué quieres exactamente?

Vicente – Tengo algo que pedirte. O más bien, algo que decirte... Algo un poco incómodo...

Antonio – ¿Aquí? ¿Ahora? ¿En un escenario? ¿Delante de un público?

Vicente – Después de todo, somos actores.

Antonio – En efecto, todo esto es muy teatral.

Vicente – Entre amigos, ¿no podemos charlar un poco? De acuerdo, no hablaremos de los viejos tiempos. Así que hablemos del presente. Y del futuro... ¿En qué estás trabajando en este momento?

Antonio – Estoy en varios proyectos.

Vicente – ¿Ah, sí? ¿Qué es? ¿Teatro? ¿Cine?

Antonio – Prefiero no hablar de ello mientras no esté hecho. ¿Y tú?

Vicente – Yo, no paro... Tengo trabajo para los próximos tres años.

Un momento de silencio.

Antonio – ¿Así que me hiciste venir por eso? ¿Para infligirme la lista de tus innumerables éxitos? Sabes que me cuesta llegar a fin de mes con mis pocas figuraciones, como a muchos de nosotros...

Vicente – Acabas de decirme que tienes muchos proyectos en curso.

Antonio – Eso es lo que se dice cuando no se tiene trabajo y se espera que suene el teléfono. Y lo sabes muy bien.

Vicente – Perdona, no pensé que las cosas fueran tan mal para ti.

Antonio – ¿Para qué sirve todo esto, Vicente? ¿Quieres ofrecerme un papel, verdad?

Vicente – No exactamente, pero...

Antonio – Me sorprendería... Entonces, ¿qué es?

Vicente – Tengo una gran noticia que darte.

Antonio – ¿Una gran noticia? Supongo que es una gran noticia para ti. Algo que relanzará tu carrera. Y te permitirá mirar a los demás desde aún más arriba.

Vicente – ¿Me consideras tan egocéntrico?

Antonio – ¿En qué me afecta tu éxito, Vicente? ¿Necesitas a alguien que te aplauda? ¿Quieres que te pida un autógrafo?

Vicente – No es en absoluto lo que crees.

Antonio – ¿Ah, sí?

Un momento.

Vicente – Dije una gran noticia, no dije una buena noticia.

Antonio – ¿Qué quieres decir con que no es una buena noticia? ¿Quieres decir... una mala noticia...?

Vicente – Me acaban de diagnosticar un tumor cerebral.

Antonio queda perplejo.

Antonio – No...

Vicente (*al público*) – No sé por qué dije eso... Obviamente no es cierto, pero... estaba sin argumentos. Escuchándolo hablar : el éxito se me subió a la cabeza, soy el peor de los arribistas y desprecio a todos, incluyendo a mis antiguos amigos. No es mi culpa que haya tenido más éxito que él. No voy a pasar todo mi tiempo disculpándome por tener cierto talento y saber venderme. Si fuera un amigo, debería alegrarse de mi éxito en lugar de envidiarme, ¿no? Vale, es cierto, no lo ayudé mucho cuando pude hacerlo. Pero tampoco creo que le hubiera hecho un favor. Y aunque lo hubiera ayudado, hoy me reprocharía haberlo hecho con condescendencia, para afirmar mi dominación sobre él. Así que sí, lo dejé que se las arreglara solo. No estoy a favor del asistencialismo, eso es todo. Ni del nepotismo. ¿Sabes lo que es el nepotismo? Es el sistema de colocar primero a tus amigos en lugar de personas competentes que realmente lo merecen. Vale, puede que entre mis amigos haya personas competentes, pero... No es mi culpa que haya fracasado en su vida. Al menos en su vida profesional... Pero inventar que tengo un tumor cerebral... No lo sé. Seguramente tuve la esperanza de que, por una vez, él sintiera lástima de mí en lugar

de envidiarme. Para ver cómo se siente ser la víctima y ser compadecido. Eso es, solo para ver cómo sería su actitud si, por una vez, yo tuviera el papel del malo...

Antonio – Mierda... Siento mucho esto... Perdóname...

Vicente – No tienes que disculparte, no es culpa tuya.

Antonio – No, quiero decir, discúlpame por haber sido tan desagradable. Si lo hubiera sabido...

Vicente – Tú, al menos, eres un verdadero amigo. ¿Vendrás a verme al hospital, verdad? Al menos mientras todavía parezca presentable...

Antonio queda perplejo por un momento.

Antonio – Pero... ¿te podrán tratar, verdad?

Vicente – El tumor está en una ubicación muy complicada. No es operable. Así que, desafortunadamente...

Antonio – Ah, mierda...

Vicente – Me queda solo un año. Tal vez menos.

Antonio – Y sin embargo, al verte así...

Vicente – Sí... Por ahora casi no tengo síntomas. Pero según los médicos, no tardarán en aparecer. Y los últimos meses no serán los más fáciles. Pero por ahora, estoy bien. Así que aprovecho para poner mis asuntos en orden. Y despedirme de aquellos a quienes amo...

Antonio – Me conmueve mucho ser parte de ello. Por supuesto, si puedo hacer algo por ti...

Vicente – Gracias... Desafortunadamente, a menos que hayas encontrado una cura milagrosa para el cáncer...

Un momento.

Antonio – ¿Y por eso me pediste que viniera?

Vicente – Sí. Pero por ahora, preferiría que se quede entre nosotros. Nadie más lo sabe todavía...

Antonio, desconcertado, echa un vistazo al público.

Antonio – ¿Nadie?

Vicente – Nadie.

Antonio – ¿Y ellos?

Vicente – Ah sí, es cierto. Los había olvidado, esos...

Antonio – Sí, el cuarto muro...

Vicente – En fin, como dices, ante todo soy actor. Supongo que inconscientemente, siento la necesidad de representar mi propia desaparición.

Antonio se queda pensativo por un momento.

Antonio – ¿Entonces por eso me hiciste venir aquí, a este escenario? ¿Para anunciarme que vas a morir, ver cuál sería mi reacción y compartirlo con el público?

Vicente – No solo por eso. Tenía ganas de verte, eso es todo. Y como no me queda mucho tiempo, he decidido repensar mis prioridades.

Antonio – No sé qué decirte... Me siento muy honrado por el gesto que tienes conmigo. Estoy muy conmovido y al mismo tiempo... ¿Realmente crees que podemos retomar así una amistad interrumpida hace años, solo porque uno de nosotros ya no estará aquí en unos meses?

Vicente – No lo sé. Se dice que algunos animales se acercan a los humanos cuando sienten que se acerca el final. Supongo que los humanos se acercan a sus amigos cuando se acerca su propia muerte.

Antonio – Sí, tal vez...

Vicente – Si supieras que estás condenado, ¿me habrías llamado tú?

Antonio – Sinceramente...

Vicente – Sinceramente.

Antonio – No.

Vicente – Vale.

Antonio (*al público*) – Es curioso. No deseo su muerte, obviamente. Nadie desea la muerte de un amigo. Pero... prefiero que le pase a él que a mí. Es horrible pensar así, lo sé. Pero no podemos evitar pensar, ¿no? Mientras no digamos lo que pensamos, no le hace daño a nadie. Y lo que pienso es que... no habría sido justo que me tocara a mí. No se puede perder en todos los frentes, después de todo. Debe de haber alguna especie de justicia, a pesar de todo. Sin hablar de destino, aunque sea por mera casualidad, al final las cosas tienen que equilibrarse ¿verdad?. Quiero decir lo bueno y lo malo. Es una cuestión de probabilidad, ¿no? Es como en la ruleta, no puedes sacar el número correcto eternamente. O el incorrecto. Él, después de tener una suerte increíble toda su vida, al final le tocó el cero. No importa lo que haya jugado, perderá su apuesta. Y yo, con la mala suerte que he tenido durante tantos años, al menos escapo de lo peor y salgo vivo de ello. Por ahora...

Vicente – ¿Pero vendrás a verme al hospital?

Antonio – Claro.

Vicente – No estás obligado, ya sabes. Es cierto, no nos hemos visto desde hace años. No estoy en posición de pedirte nada. No me debes nada, después de todo.

Antonio – No.

Un momento.

Vicente – Nos veíamos cada vez menos. ¿Qué hizo que de repente dejáramos de vernos por completo?

Antonio (*intentando bromear*) – ¿Aparte de que desde tu pequeño éxito en la televisión te has creído una estrella y has olvidado a tus antiguos amigos?

Vicente – Sí, aparte de eso.

Un momento.

Antonio – Escucha, Vicente... Cuando éramos jóvenes, vivíamos nuestra amistad en el presente. Las tonterías las hacíamos juntos. A veces nos las contábamos unos meses después, pero al día siguiente hacíamos otras aún más grandes.

Vicente – Es cierto. Éramos jóvenes. No teníamos nada que perder, así que no temíamos nada.

Antonio – Poco a poco, nos volvimos más razonables. Hicimos cada vez menos tonterías. Y sobre todo, ya no las hacíamos juntos. Y cuando todavía nos encontrábamos, nos limitábamos a hablar de los buenos tiempos pasados.

Vicente – O cada uno contaba sus propias hazañas al otro, tratando de demostrarle cuánto había tenido éxito.

Antonio – Y en ese juego, estabas seguro de ganar. Con el tiempo, eso era deprimente. Mortífero, incluso. Para intentar avanzar, tenía que dejar de verte.

Vicente – Ahora, me va a resultar difícil proyectarme en el futuro, ya sabes. Me queda solo un año de vida, así que... serán los últimos momentos. Cuando agosto es horrible, pensamos que el próximo año será mejor. Pero cuando es tu último verano...

Antonio – No sé qué decirte.

Vicente – Sin embargo, tengo algo que pedirte.

Antonio – Todo lo que quieras.

Vicente – ¿Podrás ocuparte de mi gato cuando ya no esté...?

Un momento.

Antonio – ¿Tu gato?

Vicente – No tengo a nadie más en quien confiarlo. Al menos, nadie en quien confío lo suficiente...

Antonio – Ni siquiera sabía que tenías un gato. ¿Nunca has tenido un gato antes, verdad?

Vicente – Es el primero. Seguro que por eso estoy tan apegado a él... Sí, hoy en día es el único amigo que me queda... aparte de ti.

Antonio – Ah, sí...

Vicente – Créeme, un animal nunca te decepciona, ya verás.

Antonio – Bueno, es que... no sé cómo cuidar a un gato... Nunca he tenido hijos, así que un gato...

Vicente – Es muy sencillo, te lo aseguro. Solo necesitas alimentarlo, darle agua, cambiar su arena de vez en cuando, y por supuesto acariciarlo para mostrarle cuánto lo quieres.

Antonio – Escucha, realmente no sé... Un gato. Con la vida que tengo...

Vicente – Lo harás por tu ex-mejor amigo que solo le queda unos pocos meses.

Antonio observa fijamente a Vicente.

Antonio – ¿Esto no es una broma, verdad? Porque inventarse un tumor cerebral para reconectar con un amigo perdido de vista sería realmente retorcido.

Vicente – Quién sabe... Si antes de fin de año recibes una tarjeta de condolencias, entonces sabrás la verdad. Si no, significa que fue solo una mala broma...

Antonio – ¿Así que te estás riendo de mí, verdad?

Vicente – No era mi intención al principio, te lo juro, me dejé llevar. Estamos en un escenario de teatro, me involucré demasiado en el papel, improvisé.

Antonio – Jugar así con los sentimientos de los demás... es monstruoso, Vicente.

Vicente – ¡Acabas de decirme que ya no hacíamos locuras juntos! Y que por eso dejamos de ser amigos. Pensé que era una oportunidad para volver a conectarnos... ¿Recuerdas? En aquel entonces también inventábamos historias increíbles. Hicimos creer al director que éramos judíos y por eso no podíamos quedarnos en el estudio de la tarde los viernes. Y en serio, ¡no voy a morir! O al menos no pronto... Deberías estar contento, ¿no?

Antonio – De hecho, casi estaría decepcionado, ¿sabes? Ya me veía en tu funeral. Incluso tenía algunas palabras preparadas para tu oración fúnebre, como el mejor amigo del difunto. Habría hablado de los buenos tiempos. De la amistad inquebrantable que nos unía desde hace tanto tiempo. Del destino que prematuramente puso fin a una carrera llena de promesas...

Vicente – Eso me conmueve mucho, gracias.

Antonio – Eres realmente una gilipollas. No quiero volver a verte nunca más.

Se dispone a salir.

Vicente – Espera, Antonio. Estabas dispuesto a volver a ser mi amigo porque iba a morir. ¿Y ahora me odiarás de nuevo porque estoy en plena forma? Es una extraña noción de la amistad, ¿no?

Antonio – Pero, Vicente... ¿por qué?

Vicente – No lo sé. Pensé que tenías razón. Fue inapropiado de mi parte convocarte para anunciarte una buena noticia sobre mí.

Antonio – Entonces al final, es una buena noticia...

Vicente – Al menos para mí, sí. Para ti, no lo sé...

Antonio – ¿Para mí?

Vicente – Es cierto. No tienes ninguna razón para alegrarte por mí.

Antonio – ¿Qué buena noticia es esa? ¿Estás nominado a los Premios Goyas? ¿Quieres que asista a tu consagración, es eso? ¿No tienes suficientes amigos a tu alrededor para aplaudirte?

Vicente – Así que nunca me has perdonado, ¿verdad?

Antonio – ¿Perdonarte por qué?

Vicente – Por haber conseguido el papel principal en ese casting al que fuimos juntos hace quince años. Por esa serie que lanzó mi carrera. ¿Tienes envidia de mi éxito, verdad?

Antonio – ¿Tu éxito?

Vicente – En la industria, al menos.

Antonio – Como dijo Warhol, todos tienen derecho a sus quince minutos de fama. Los tuyos duraron dos o tres años. Aprovechaste tu celebridad por algunos años después de que la serie terminara. Desde entonces, solo te conformas con papeles secundarios.

Vicente – Siempre es mejor que hacer figuraciones.

Antonio – El supuesto éxito se te subió a la cabeza, Vicente. Olvidaste a tus verdaderos amigos. Y aún estás soltero...

Vicente – ¿Tú también, no? Bueno, volviste a serlo.

Antonio – Veo que estás bien informado. ¿Y eso te hace feliz, verdad? Saber que si no tuviste a Clara, al menos ella ya no está conmigo.

Vicente – Te está equivocando, te lo aseguro.

Antonio – Para, Vicente. Eso es algo que nunca me has perdonado. No puedes ser feliz por la felicidad de los demás. Todo lo que tus amigos puedan tener, sientes que te lo están robando. Y por eso nunca me has tendido la mano cuando la necesitaba.

Vicente – Nunca te culpe por Clara. De hecho, en esa época, ni siquiera me interesaba.

Antonio – Claro, claro. Comenzó a interesarte cuando me eligió a mí. Eso es insoportable para ti, ¿verdad? Que una chica pudiera preferirme a ti. Peor aún, es incomprensible. Va en contra del orden natural de las cosas.

Vicente – Estás delirando.

Antonio – Sí, amigo mío, quieras o no, yo hice ese casting. Y obtuve el papel en tu lugar. Tiramos cara o cruz, y ese día, la suerte estuvo de mi lado. Fui yo quien besó a Clara mientras tú te conformabas con hacer el papel del productor. Y algunos años después, fui yo quien se casó con ella.

Vicente – No estaba celoso de eso, te lo aseguro.

Antonio – Vamos, veía bien cómo la mirabas. Pero debes aceptarlo, Vicente. No puedes ganar siempre. No puedes tenerlo todo. Hay que dejar algo para los demás. Tus amigos no están solo para aplaudir tus éxitos. También tienen derecho a ser felices de vez en cuando.

Vicente – Claro.

Antonio – Fui muy feliz con Clara. Me pregunto por qué la dejé.

Vicente – Probablemente porque en realidad fue ella quien te dejó.

Antonio – ¿Cómo sabes eso? ¿La has vuelto a ver?

Vicente vacila por un momento.

Vicente – La última vez que nos vimos los tres fue en el funeral de mi madre.

Antonio – En el funeral de tu madre... Me decías hace un rato que no era el momento ideal para reencontrarte con tu mejor amigo, pero igual encontraste tiempo para reencontrarte con su mujer.

Vicente – No fue exactamente así como sucedió. Nos encontramos varias veces después de eso.

Antonio – ¿Fuiste tú el que buscó verla de nuevo?

Vicente – No. Fue coincidencia. Ambos trabajamos en la misma industria. Es normal que nos crucemos de vez en cuando.

Antonio – Nosotros nunca nos volvimos a cruzar.

Vicente – Ella no intentaba evitarme.

Antonio – Pero no te acostaste con ella, ¿verdad?

Vicente – No el día del funeral de mi madre, te lo aseguro.

Antonio – Entonces te acostaste con ella.

Silencio.

Vicente – Incluso hice algo más que eso. Me voy a casar, Antonio. Eso es lo que quería decirte.

Pausa.

Antonio – Casarte...

Vicente – Con Clara.

Antonio se sorprende.

Antonio – Dime que esto es otra de tus bromas, Vicente.

Vicente – No es una broma, Antonio.

Antonio – No pudiste evitarlo, ¿verdad...?

Vicente – No es en contra tuya, te lo juro. ¿Cómo puedes creer algo así? Simplemente sucedió.

Antonio (*al público*) – Tengo ganas de matarlo. De hecho, tengo ganas de matar a los dos. ¿Cómo pudo ella hacerme esto? Está bien, ya no estamos juntos. No me debe ninguna explicación. Pero podría haber elegido a cualquiera para reemplazarme. ¿Por qué eligió a Vicente? A menos que desde el principio, desde ese famoso casting, lamentara no haber intercambiado ese primer beso con él en lugar de conmigo. ¿Y si la moneda hubiera caído del otro lado y no de este? ¿Habría cambiado nuestra historia a los tres? Es una pregunta que me ha atormentado durante mucho tiempo. ¿Qué le debemos al destino y qué al azar? ¿Y entre estos dos factores que no controlamos, qué pasa con nuestra libertad individual? ¿Tiene el mundo un sentido y un propósito que nos obliga, o es simplemente una de las innumerables versiones posibles de un caos perfectamente aleatorio? ¿El libre albedrío es solo una ilusión, o realmente tenemos margen de maniobra para cambiar el rumbo de nuestras vidas, entre un destino que nos arrastra como una corriente marina y un azar que nos desconcierta como un viento caprichoso? ¿El naufragio del Titanic se debió a su destino transatlántico, al encuentro fortuito con un iceberg o a la incompetencia del capitán?

Vicente – Nos vamos a casar, Antonio. Es así. No es en contra tuya.

Antonio – ¿Y por eso querías decírmelo en persona?

Vicente – Es tu ex esposa. Quería decírtelo yo mismo, es lo correcto. Obviamente, no te pido que saltes de alegría. Aunque hace un rato me dijiste que se suponía que debíamos alegrarnos por la felicidad de nuestros amigos...

Antonio – No tienes vergüenza. ¿Alegrarme por la felicidad de un amigo que acaba de robarme a mi mujer?

Vicente – Tu ex mujer.

Antonio – ¿Querías mi bendición... o es solo por el placer de pisotearme un poco más?

Vicente – Nunca quise pisotearte, Antonio. De hecho, siempre te he admirado.

Antonio – ¿Me admiras? ¿A mí?

Vicente – Sí.

Antonio – Siempre me has considerado un fracasado.

Vicente – No es tu éxito lo que admiro. Es tu inteligencia. Tu lucidez. Tu integridad...

Antonio – Rara vez van de la mano con el éxito, desafortunadamente.

Vicente – No exageres. No has arruinado todo.

Antonio – Ni siquiera pude retener a Clara. Y ahora, tienes tu revancha.

Vicente – ¿Realmente crees que uno se casa con alguien solo para vengarse?

Antonio – Por supuesto, estamos divorciados, no necesitas mi autorización. Pero, ¿por qué, entre todas las mujeres, tuviste que elegir a esa?

Vicente – No lo sé...

Antonio – Además, ¿cómo ha sido entre ustedes dos? ¿Y cuándo comenzó?

Vicente – Nos volvimos a ver. Nos dimos cuenta de que teníamos muchas cosas en común.

Antonio – Especialmente un amigo.

Vicente – Especialmente el teatro.

Antonio – Dime al menos que vuestra relación no comenzó mientras todavía estábamos casados. Dime que no fue por tu culpa que me dejó...

Vicente – Te lo juro.

Antonio – ¿Cómo puedo seguir creyéndote?

Vicente (*al público*) – ¿De qué sirve decirle la verdad? Es cierto, siempre he estado enamorado de Clara. Y el hecho de que ella eligiera a Antonio en lugar de a mí, supongo que eso la hizo aún más deseable a mis ojos. La volví a ver cuando los dos vinieron al funeral de mi madre. Todavía estaban juntos en ese momento, pero sentí que el amor ya no era tan grande. Yo todavía disfrutaba de mi estatus como actor exitoso. Ella me hizo entender que no le era indiferente. Antonio se fue justo después de la cremación. Tenía una gastroenteritis, o algo así, pero aún así insistió en venir. Clara se quedó un poco más después de la cremación. Le ofrecí tomar algo en mi casa. Y no sé cómo, pero terminé tomándola salvajemente en el sofá de la sala, justo frente a la urna con las cenizas aún calientes de mi madre. Eros y Thanatos, ya conocen la historia... No nos volvimos a ver durante unos años. Y luego nos encontramos por casualidad el año pasado en una inauguración de exposición, y ahí es donde nuestra relación realmente comenzó. (*Se vuelve a Antonio.*) Tienes que creerme, Antonio. Ella ya te había dejado. Nunca habría hecho eso a un amigo...

Antonio – ¿Fue ella quien te pidió que me dieras la noticia?

Vicente – Digamos que lo hablamos. Consideramos que era más correcto informarte. De todos modos, lo hubieras sabido eventualmente. No podíamos hacerlo sin decírtelo.

Antonio – Podrían haberse conformado con enviarme una tarjeta de invitación.

Vicente – Por supuesto, no estás obligado a asistir a la boda.

Antonio – Gracias...

Vicente – Vamos a casarnos... y tenemos proyectos juntos.

Antonio – ¿Proyectos? ¿Quieren formar una familia? ¿Me vas a decir que ella ya está embarazada?

Vicente – Proyectos de teatro.

Antonio – Ya veo... Así que, en resumen, no es solo un matrimonio, también es una asociación. No me sorprende.

Vicente – Clara tiene mucho talento. Simplemente no ha tenido la oportunidad de demostrarlo aún, eso es todo.

Antonio – ¿Porque estaba casada con un perdedor como yo, quieres decir?

Vicente – No lo hagas todo sobre ti, Antonio. Me reprochas ser egocéntrico, pero la Tierra no gira solo en torno a ti tampoco.

Antonio – Tal vez tengas razón. No puedo culpar a todo el mundo por mis propios fracasos.

Silencio.

Vicente – ¿Y tú? ¿Realmente no tienes ningún proyecto en este momento?

Antonio – ¿Te interesa de verdad?

Vicente – Me dijeron que querías dejar la actuación. Y conseguir un trabajo como contador.

Antonio – ¿Quién te lo dijo? ¿Clara?

Vicente – Si necesitas ayuda...

Antonio – ¿Vas a compensarme por haberme quitado a mi mujer?

Vicente – Ya no es tu mujer, Antonio, es mía... Además, es ridículo decir "es mía" en relación a las mujeres. Las mujeres ya no pertenecen a nadie desde hace mucho tiempo. Son ellas las que eligen.

Antonio – Ahora me vas a dar una lección de feminismo también.

Vicente – Solo intento ayudarte.

Antonio – No me has tendido la mano durante todos estos años. Y ahora, porque te vas a casar con Clara, estás dispuesto a ayudarme.

Vicente – ¿Por qué no?

Antonio – Es fácil para ti, ¿verdad? ¿Un pequeño cheque y olvidamos el pasado?

Vicente – No te pido que olvides el pasado. Y no, no es fácil para mí tampoco. Sí, trabajo, pero no gano tanto dinero como podrías pensar. Y también tengo gastos...

Antonio – ¿Puedo irme ahora?

Vicente – Espera...

Antonio – ¿Qué más quieres, exactamente?

Silencio.

Vicente – Estoy considerando comprar este teatro.

Antonio – ¿Comprar este teatro? Me dijiste que no tenías dinero.

Vicente – Con Clara.

Antonio – Cada vez mejor.

Vicente – Clara es actriz. También es directora. Podríamos ser un buen equipo.

Antonio – Un buen equipo... Quieres decir... ¿nosotros?

Vicente – No sé... Lo dije sin pensar.

Antonio – Comprar un teatro... ¿Para qué?

Vicente – Para finalmente hacer lo que quiero, no depender de nadie. No esperar más a que suene el teléfono, como dices. Todos soñamos con eso, ¿no?

Antonio – ¿Por qué no? Si tienes los recursos.

Vicente – ¿Crees que podría funcionar?

Antonio – ¿Ahora me pides mi opinión?

Vicente – Siempre he considerado tus opiniones con gran atención. Aunque no siempre las haya tenido en cuenta...

Antonio – Y te ha ido bastante bien así...

Vicente – ¿Entonces?

Antonio – No lo sé. ¿Qué quieres...? Yo no tengo espíritu empresarial. No tengo ambiciones. Me lo has dejado bastante claro, ¿no?

Vicente – Podríamos trabajar juntos de nuevo.

Antonio – ¿Quieres decir que podrías encontrarme un trabajo? ¿En qué estás pensando? ¿Técnico de luces? ¿Taquillero?

Vicente – Yo sí, tengo espíritu empresarial, pero no soy práctico. Tengo ideas, pero no soy riguroso. Especialmente en lo que respecta a llevar las cuentas y ocuparme de la burocracia.

Antonio – Necesitas un contador y has pensado en mí, ¿verdad? No sólo me quitas a mi mujer, ¿sino que también quieres que sea yo quien maneje las finanzas del hogar? ¿No quieres que sea también el tercero en discordia?

Vicente – Ese es tu problema, Antonio. Siempre ves todo en negro. Ves conspiraciones en todas partes en lugar de ver oportunidades. Eres paranoico.

Antonio – Gracias.

Vicente – Seguirías siendo actor, por supuesto. Como nosotros. Pero todos seríamos polivalentes.

Antonio – No estoy seguro de quererte como jefe.

Vicente – Digamos socio, entonces.

Antonio (*al público*) – Me da un poco de vergüenza, pero debo admitir que de alguna manera, su propuesta me parece tentadora. Tener un teatro. Los tres juntos. Es cierto. Ese era nuestro sueño cuando comenzamos en este negocio. Ahora, sería más bien una solución de último recurso y un reconocimiento de fracaso, pero bueno... (*A Vicente*) Voy a pensar en tu propuesta, pero no estoy seguro de que sea una buena idea que trabajemos juntos los dos. Y mucho menos los tres...

Vicente – Hace un rato decías que ya no hacíamos nada juntos. Que nos conformábamos con celebrar los viejos tiempos. Y que por eso nuestra amistad estaba muerta. Lo que te propongo es compartir esta aventura conmigo. Bueno, con nosotros...

Antonio – ¿Me estás proponiendo un trío, es eso?

Vicente – Tú ya no duermes con ella, ¿verdad...? (*Silencio*) ¿Sí...?

Antonio – La vi también.

Vicente – ¿Cómo que la viste? ¿Desde tu divorcio?

Antonio – Pasamos muchos años juntos, eso no se borra así nomás.

Vicente – ¿Y...?

Antonio – Dormimos juntos de nuevo. Una o dos veces.

Vicente – ¿Una... o dos?

Antonio – Digamos que tres.

Vicente – ¿Y la última vez cuándo fue?

Antonio – No sé... Hace un mes.

Vicente – Con Clara decidimos casarnos hace unos tres meses.

Antonio – Si entiendo bien, tu futura esposa ya te está engañando con su ex esposo.

Vicente – Esto comienza a parecer una espantosa comedia de enredos.

Antonio – Nada nos impide escribirla y representarla para inaugurar este nuevo teatro...

Vicente (*al público*) – Es curioso, pero ni siquiera les tengo rencor. Nunca pensé que Clara pudiera pertenecerme por completo. Es demasiado independiente para eso. ¿Cómo se llama eso, la poligamia, para una mujer? Ah, sí. La poliandria. Ya hemos evolucionado bastante en todos estos temas. Tal vez algún día oficialicemos el matrimonio a tres... (*A Antonio*) Creo que debería haberse quedado casada contigo.

Antonio – No te pases de la raya.

Vicente – Tú vales mucho más que yo. Tú eres un buen tipo. Eres fiel.

Antonio – Parece que estás hablando de un perro. Desafortunadamente, a las mujeres no les gustan los chicos buenos.

Vicente – Al menos no cuando tienen veinte años. Después...

Antonio – ¿Y con qué dinero vas a comprar ese teatro? Porque te advierto, yo no estoy nadando en dinero...

Vicente – Tengo algunos ahorros... Y además, Clara acaba de recibir una pequeña herencia.

Antonio – ¿Una herencia? Tienes razón, debería haberme quedado casado con ella.

Vicente – Entonces, ¿volvemos a ser amigos?

Antonio – ¿Estás seguro de que alguna vez fuimos amigos?

Vicente – No lo sé. Pero podríamos intentar serlo.

Antonio – Vicente, me estás preocupando. ¿Estás seguro de que no tienes un tumor cerebral de verdad?

Vicente – Estoy chiflado. Es igual de incurable, pero es completamente benigno.

Antonio – Y ¿qué piensa Clara al respecto?

Vicente – ¿De que los tres nos embarquemos en este proyecto juntos, quieres decir?

Antonio – Sí, eso también.

Vicente – Fue ella quien me lo propuso. Me dijo... será nuestro bebé, de los tres...

Un momento de silencio.

Antonio – ¿Estás seguro de que no había un mensaje subliminal...?

Vicente – Ahora que lo mencionas...

Antonio – Aparentemente, nunca pudo elegir entre cara y cruz. ¿Realmente crees que está embarazada?

Vicente – Podremos preguntarle, estará aquí en cinco minutos. (*Se voltea hacia la puerta.*) Mira, de hecho, ahí viene ella...

Se escuchan tres golpes en la puerta, sin que se sepa si son los golpes que se dan en el escenario con el brigadier en el teatro, o si son golpes en la puerta.

Negro

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio The Book Edition o Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español:

Comedias para 2

El Joker
El Último Cartucho
EuroStar
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
Plagio
Por debajo de la mesa
Un pequeño asesinato sin consecuencias

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Después de nosotros el diluvio
El yerno ideal
Foto de Familia
Strip Poker
Un Ataúd para Dos

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza
Crisis y Castigo
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7 a 10

Bar Manolo
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
El pueblo más cutre de España

Comedias de sainetes (sketches)

Breves del Tiempo Perdido
Ella y El, Monólogo Interactivo
Muertos de la Risa

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio
comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Abril 2023

ISBN 978-2-37705-915-7

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.